



## LAS HUELLAS

Ya caía la tarde y, al igual que el día anterior, lo alegraba que nadie hubiese aceptado acompañarlo a trotar; ir solo era parte del placer. Estaba en el jardín estirando un poco los músculos. Había viajado con un grupo de amigos a esa casa cerca de la playa en Pinamar, aprovechando los feriados de Semana Santa. Sin doblar las rodillas, rozaba con las manos el pasto y miraba en un parche de barro las huellas que sus zapatillas acababan de dejar. Eran ondas transversales con una estrella en el medio.

Miró su reloj y partió con su ritmo hacia la playa. Intentaría trotar más de una hora. A los pocos pasos se le bajaron las medias y sintió el frío de abril en las piernas. Sólo dos cuadras separaban la casa del mar y cuando lo vio, debido a la silenciosa alegría que provoca la insensibilidad, no pudo evitar sonreír. Recorrió la menor distancia posible sobre la arena blanda, pisó la arena dura y mojada de la orilla y sintió que todo comenzaba a ser placentero. Como el día anterior se había alejado hacia el sur, ahora se alejaría hacia el norte. Trotó sobre los lengüetanos que dejaban las olas más recientes y vio que reflejaban las nubes. Rítmicamente, inhalaba dos veces y exhalaba dos veces, el aire de mar le llenaba los pulmones.

Poca gente había elegido Pinamar para pasar las Pascuas. Los paredores sobre la playa estaban cerrados. Bórdese un partido de fútbol, saludó a un hombre con su perro y, más adelante, a un pescador. Previó, casi donde se acababan los balnearios, que los vería en orden inverso al regresar.

Cuando ya los balnearios habían quedado atrás, se puso a mirar el mar. Aunque temió no poder soportar el frío, se dijo que en el distante lugar donde pegaría la vuelta se metería a nadar desnudo.

Un par de veces debió correr de lado porque las olas amenazaban con mojarle las zapatillas. Inhalaba dos veces y exhalaba dos veces.

Después de un lapso de no haber visto más gente ni huellas, comenzó lo más agradable. Los médanos rubios a la izquierda, a la derecha el mar



verde, arriba el cielo y él solo, trotando por el límite de su país, como si fuera el primer o el último hombre sobre la tierra.

Las vio al mirar los caracoles que pasaban como estrellas bajo sus pies. Eran las huellas de alguien trotando (lo sabía por la distancia entre cada paso). Iban en su mismo sentido y además tenían curvas transversales y una estrella en el medio. Miró hacia adelante, lejos, pero no pudo ver al corredor que llevaba la misma marca de zapatillas que las suyas. La pérdida de la sensación de estar solo lo molestó un poco.

Observó su reloj, se sentía cansado y sin embargo había pasado poco tiempo. Vio que unas huellas bajaban de los médanos y allá, más adelante, se unían a las del corredor. Eran las huellas de un caballo. Miró nuevamente; no vio ni al corredor, ni al caballo, ni a su jinete.

Siguió a pesar del cansancio y decidió no detenerse para meterse al mar y regresar, sino continuar y conocer a los dueños de esas pisadas.

Trotó divertido, haciendo coincidir sus huellas con las del corredor; las del caballo iban a su lado. De pronto se detuvo. Las huellas del corredor cesaban y las del caballo se arremolinaban alrededor de esos últimos pasos. De aquel desorden de rastros partían las del caballo hacia los médanos y a su lado el surco dejado por algo que había sido arrastrado.

Miró el mar, respiró fuerte y escuchó el ya demasiado cercano galope.

*Pedro Mairal*  
2<sup>a</sup> año, letras

"Ama la belleza, que es la obra de Dios sobre el universo."

GABRIELA MISTRAL



... como antes en el estallido de una ciudad. TRIBUTO... y cuando la columna...  
... volvió al estado anterior volvió la... y cuando la...

... como una ciudad...  
Intenté evadirme hasta el límite, pero ya no tenía oportunidades.

Comenzó al enrolarme en aquella caravana, todo parecía tan fácil... al principio. En esas épocas sólo tenía que caminar y caminar; y seguir caminando, controlar que la ropa de peregrino se mantuviera en su lugar y no desaprovechar nada de lo que podía obtener: un poco de agua; si sabía desenvolverse bien, una galleta suspiciosa de compañía nocturna.

Pasé ese tiempo como todos, caminando y aún sabiendo que se dirigía hacia un lugar en especial, la caravana no se detenía nunca. El tiempo pasaba y se convertía en una marcha continua. Sólo desambular de ciudad en ciudad, aglutinar más gente, crecer. Saquear para sobrevivir; matar o congregarse a los vencidos para que sean parte de la caravana era una necesidad. Alguna providencia daba, de vez en cuando, esa intimidad necesaria para disfrutar con una mujer. Otra gracia eran las reuniones alrededor del fuego, donde jugaba y perdía todo, o donde bebía hasta desahuciarse en vómitos, para no pensar.

Detrás subiste el mundo que se derrumba, la vida urbana es cada vez más peligrosa. Los ataques se multiplican día por día, hora por hora. Súbitamente la gente comprende esto, y es entonces cuando en el lapso de algunas horas una casa, una familia completa (padres, tías, sobrinos, hijos; en fin, toda la parentela que puede caminar) abandona ese lugar fijo, tan fijo en el mundo que no varía, y se larga a peregrinar. A marchar; dejando atrás a los viejos, los enfermos, incluso a los niños para que no estorben el ritmo de viaje. Es muy peligroso quedarse aferrado al tiempo -y muy duro comprender que es inexistente-. Después quedan los pueblos vacíos, o en completo desamparo y los peregrinos terminamos con ellos. No es preciso decir cómo: incendios, violaciones, destrucción total, porque ya ninguna pertenencia tiene sentido.

Se corre la voz; nadie debe recordar lo que era, nada debe conservar la memoria. Las caravanas cumplimos con ese fin; a nuestro paso, la nada. Por

ALGUNOS DE NOS

eso me vine con la más grande que pasó, es más segura. Para guardar la vida la ecuación es fácil: nos encontramos con una más pequeña, y antes de que estalle la lucha se unen pacíficamente a nuestras filas, con parte de nosotros. Estar en una caravana pequeña significa eso o combate a muerte si se topa con otra de igual tamaño, pero de todos modos no es tan peligroso como permanecer en una ciudad.

Se corre la voz: ya está muriendo la gente que salió con la primera caravana. El tiempo pasa pero caminando no nos damos cuenta. Preferimos no saberlo, pero la voz corre y te dice ¿no vamos a ningún lado? ¿Los primeros ya mueren? Nadie sabe cuánto tiempo hace que el mundo cambió. Yo entré en la caravana hace poco y aún soy joven, conocí las cosas tal como son y tuve suerte de no morir.

Se corre la voz: El destino del mundo es el cambio constante, fluir junto al tiempo. El río no cambia porque cambia constantemente; perdimos la memoria y la noción del tiempo, sólo nos queda el presente y sólo en las revoluciones perpetuas de las caravanas se mantendrá estable la esencia de la humanidad. La muerte de los primeros caminantes lo está demostrando: no importa el fin, sólo el medio.

Gina Pacheco  
3<sup>er</sup> año, letras

La paz es serenidad del pensamiento, tranquilidad del alma, pureza del corazón, vínculo de amor, consorcio de caridad. Esta es la que quita las falsedades, rechaza las guerras, reprime las iras, humilla a los soberbios, ama a los humildes, une a los discordes y sosiega y armoniza a los enemigos, y, plácida con todos, no sabe envanecerse: los que la tengan, consérvanla; el que la perdiere, bájuela.

SAN AGUSTÍN

AMOR EN VENEZIA

En esta góndola con Anabella, reclinada su rubia cabeza sobre mi hombro, sus manos blancas entre las mías y ese perfume que brota de ella, perfume a violetas envolviendo mis sentidos, así quisiera vivir siempre, morir así quisiera.

Navegamos apaciblemente por canales que el anochecer sume en las sombras. Pasamos frente al Palacio Ducal y a la Basilica de San Marcos que guarda en su interior quinientas columnas y contemplo una vez más, con el ascabo de la primera, los cuatro caballos de bronce que hicieron aquel largo viaje desde Constantinopla para posarse en lo alto de una fachada bizantina. Como música celestial percibo en el agua el rumor de los remos, atrás dejo atrás el león alado y el Puente de los Suspiros.

Pronto llegaremos, Gino estará esperándonos. Quizá haya encendido el fuego en la chimenea del salón; el otoño avanza, comienza a refrescar y la humedad, enemiga de Venecia, atisba implacable, en los muros de piedra. Atracaremos contra el muelle, Anabella ascenderá, grácil, las escaleras del palazzo y yo la seguiré, bebiendo sus pasos con mi mirada. Después, pasaremos al comedor barroco; Gino estará esperándonos para servir la cena. Contemplaré a Anabella, radiante en su vestido de raso bordado de perlas, y no sabré qué brillará más si el oro de las consolas, el cristal de las arañas o sus ojos de gacela iluminados por los cirios. Ansiaré que la comida termine pronto para estar a solas con ella, que desde el otro extremo de la mesa me sonreirá como una virgen de Boticeili, y si ese extraño sopor que a menudo me abate, si ese indeseado sueño no se vence, se

acercaré a mi anada y la cubriré de apasionados besos.

En esta góndola con Pietro, reclinada mi cabeza sobre su hombro, (¡cómo me molesta su clavícula!), mis manos entre sus manos, (¡qué frías que las tiene!), su aliento sobre mi rostro, (¡cómo apesta!), ay, Dios, vivir así no quisiera.

Navegamos interminablemente por hediondos canales y sé que el gondolero que es un vago, no se apurará. Pasaremos frente al Palacio Ducal y a la Basilica de San Marcos y la sola vista de los caballos de bronce y del león alado me hastiarán. Estoy aburrida de ver siempre lo mismo. Quién sabe a qué hora llegaremos. Desembarcaré y subiré volando las escaleras pero tendré cuidado porque están a la miseria, Pietro es muy tacaño y no las hace reparar.

Me vestiré para la comida, cenaremos a la luz de las velas y el comedor me parecerá una cripta. Pietro me mirará desde el otro extremo de la mesa, yo le sonreiré, me acercaré a su sillón y en cuanto se descuide, accionaré el resorte de mi anillo florentino y verteré en su vaso el escamífero salvador. Pietro bostezará, musitará confusas palabras y caerá dormido como un tronco.

Entonces, saldré corriendo del barroco comedor, atravesaré la vasta cocina y me internaré por tortuosos pasillos. Llegaré a la escalera de caracol que subiré anhelante y sus viejos peldaños crujirán bajo mis pies. Arriba volveré a extraviarme en infinitos laberintos pero sabré encontrar el camino que me llevará ante la ansiada puerta. Casi sin aliento golpearé tres veces, escucharé correr el cerrojo y veré a Gino que estará esperándome.